

que llegase junto á la venta, todavía dudoso si entraria ó no; y estando en esto salieron de la venta dos personas, que luego le conocieron, y dijo el uno al otro: "Dígame, señor licenciado; aquel del caballo ¿no es Sancho Panza, el que dijo el ama de nuestro aventurero que habia salido con su señor por escudero?—Sí es, dijo el licenciado, y aquel es el caballo de nuestro Don Quijote;" y conocieronle tan bien como aquellos que eran el cura y el barbero de su mismo lugar, y los que hicieron el escrutinio y auto general de los libros, los cuales, así como acabaron de conocer á Sancho Panza y á Rocinante, deseosos de saber de Don Quijote, se fueron á él, y el cura le llamó por su nombre, diciéndole: "Amigo Sancho Panza, ¿adónde queda vuestro amo?" Conociólos luego Sancho Panza, y determinó de encubrir el lugar y la suerte dónde y cómo su amo quedaba; y así les respondió, que su amo quedaba ocupado en cierta parte y en cierta cosa que le era de mucha importancia, la cual él no podia descubrir por los ojos que en la cara tenia. "No, no, dijo el barbero, Sancho Panza; si vos no nos decís dónde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos le habeis muerto y robado, pues venís encima de su caballo: en verdad que nos habeis de dar el dueño del rocín, ó sobre eso morena.—No hay para qué conmigo amenazas, que yo no soy hombre que robo ni mato á nadie; á cada uno mate su ventura, ó Dios que le hizo: mi amo queda haciendo penitencia en la mitad desta montaña, muy á su sabor;" y luego de corrida y sin parar les contó de la suerte que quedaba, las aventuras que le habian sucedido, y cómo llevaba la carta á la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenzo Corchuelo, de quien estaba enamorado hasta los hígados. Quedaron admirados los dos de lo que Sancho Panza les contaba; y aunque ya sabian la locura de Don Quijote, y el género della, siempre que la oían se admiraban de nuevo: pidiéronle á Sancho Panza que les enseñase la carta que llevaba á la señora Dulcinea del Toboso. Él dijo que iba escrita en un libro de memoria, y que era órden de su señor que la hiciese trasladar en papel en el primer lugar que llegase; á lo cual dijo el cura que se la mostrase, que él la trasladaria de muy buena letra. Metió la mano en el seno Sancho Panza, buscando el librito; pero no le halló, ni le podia hallar si le buscara hasta ahora, porque se habia quedado Don Quijote con él, y no se le habia dado, ni á él se le acordó de pedirle. Cuando Sancho vió que no hallaba el libro, fuélele parando mortal el rostro, y tornándose á tentar todo el cuerpo muy apriesa, tornó á echar de ver que no le hallaba, y sin mas ni mas se echó entrambos puños á las barbas, y se arrancó la mitad dellas, y luego apriesa y sin cesar se dió media docena de puñadas en el rostro y en las narices, que se las bañó todas en sangre. Visto lo cual por el cura y el barbero, le dijeron que qué le habia sucedido, que tan mal se paraba. "¿Qué me ha de suceder, respondió Sancho, sino el haber perdido de una mano á otra en un instante tres pollinos, que cada uno era como un castillo?—¿Cómo es eso? replicó el barbero.—He perdido el libro de memoria, respondió Sancho, donde venia la carta para Dulcinea, y una cédula firmada de mi señor,

por la cual mandaba que su sobrina me diese tres pollinos, de cuatro ó cinco que estaban en casa;" y con esto les contó la pérdida del rucio. Consolóle el cura, y dijole que, en hallando á su señor, él le haria revalidar la manda, y que tornase á hacer la libranza en papel, como era uso y costumbre, porque las que se hacian en libros de memoria jamás se acetaban ni cumplian. Con esto se consoló Sancho, y dijo, que como aquello fuese así, que no le daba mucha pena la pérdida de la carta de Dulcinea, porque él la sabia casi de memoria, de la cual se podria trasladar donde y cuando quisiesen. "Decidla, Sancho, pues, dijo el barbero, que despues la trasladaremos." Paróse Sancho Panza á rascar la cabeza para traer á la memoria la carta, y ya se ponía sobre un pié y ya sobre otro; unas veces miraba al suelo, otras al cielo, y al cabo de haberse roído la mitad de la yema de un dedo, teniendo suspensos á los que esperaban que ya la dijese, dijo al cabo de grandísimo rato: "Por Dios, señor licenciado, que los diablos lleven la cosa que de la carta se me acuerda, aunque en el principio decia: *Alta y sobajada señora.*—No dirá, dijo el barbero, sobajada, sino sobrehumana, ó soberana señora.—Así es, dijo Sancho: luego, si mal no me acuerdo, proseguia, si mal no me acuerdo: *El llagado y falto de sueño, y el ferido besa á vuestra merced las manos, ingrata y muy desconocida hermosa;* y no sé qué decia de salud y de enfermedad que le enviaba, y por aquí iba escurriendo hasta que acababa en: *Vuestro hasta la muerte, El Caballero de la Triste Figura.*" No poco gustaron los dos de ver la buena memoria de Sancho Panza, y alabáronsele mucho, y le pidieron que dijese la carta otras dos veces, para que ellos ansimismo la tomasen de memoria para trasladalla á su tiempo. Tornóla á decir Sancho otras tres veces, y otras tantas volvió á decir otros tres mil disparates: tras esto contó asimismo las cosas de su amo; pero no habló palabra acerca del manteamiento que le habia sucedido en aquella venta, en la cual rehusaba entrar: dijo tambien cómo su señor, en trayendo que le trujese buen despacho de la señora Dulcinea del Toboso, se habia de poner en camino á procurar cómo ser emperador, ó por lo menos monarca, que así lo tenian concertado entre los dos, y era cosa muy fácil venir á serlo, segun era el valor de su persona y la fuerza de su brazo; y que en siéndolo le habia de casar á él, porque ya seria viudo, que no podia ser menos, y le habia de dar por mujer á una doncella de la emperatriz, heredera de un rico y grande estado de tierra firme, sin ínsulos ni ínsulas, que ya no las queria. Decia esto Sancho con tanto reposo, limpiándose de cuando en cuando las narices, y con tan poco juicio, que los dos se admiraron de nuevo considerando cuán vehemente habia sido la locura de Don Quijote, pues habia llevado tras sí el juicio de aquel pobre hombre. No quisieron cansarse en sacarle del error en que estaba, pareciéndoles que, pues que no le dañaba nada la conciencia, mejor era dejarle en él, y á ellos les seria de mas gusto oír sus necedades; y así le dijeron que rogase á Dios por la salud de su señor, que cosa contingente y muy agible era venir con el discurso del tiempo á ser emperador, como él decia, ó por

lo menos arzobispo ó otra dignidad equivalente. Á lo cual respondió Sancho: "Señores, si la fortuna rodease las cosas de manera que á mi amo le viniese en voluntad de no ser emperador, sino de ser arzobispo, querría yo saber ahora qué suelen dar los arzobispos andantes á sus escuderos.—Suélenles dar, respondió el cura, algun beneficio simple ó curado, ó alguna sacristanía, que les vale mucho de renta rentada, amen del pié de altar, que se suele estimar en otro tanto.—Para esto será menester, replicó Sancho, que el escudero no sea casado, y que sepa ayudar á misa por lo menos; y si esto es así, ¡desdichado de yo, que soy casado, y no sé la primera letra del A B C! ¿qué será de mí si á mi amo le da antojo de ser arzobispo y no emperador, como es uso y costumbre de los caballeros andantes?—No tengais pena, Sancho amigo, dijo el barbero, que aquí rogaremos á vuestro amo, y se lo aconsejaremos, y aun se lo pondremos en caso de conciencia, que sea emperador y no arzobispo, porque le será mas fácil, á causa de que él es mas valiente que estudiante.—Así me ha parecido á mí, respondió Sancho, aunque sé decir que para todo tiene habilidad: lo que yo pienso hacer de mi parte, es rogarle á Nuestro Señor que le eche á aquellas partes donde él mas se sirva y adonde á mí mas mercedes me haga.—Vos lo decís como discreto, dijo el cura, y lo hareis como buen cristiano; mas, lo que ahora se ha de hacer, es dar orden cómo sacar á vuestro amo de aquella inútil penitencia que decís que queda haciendo; y para pensar el modo que hemos de tener, y para comer, que ya es hora, será bien nos entremos en esta venta." Sancho dijo que entrasen ellos, que él esperaría allí fuera, y que despues les diría la causa por que no entraba ni le convenia entrar en ella; mas que les rogaba que le sacasen allí algo de comer, que fuese cosa caliente, y asimesmo cebada para Rocinante. Ellos se entraron y le dejaron, y de allí á poco el barbero le sacó de comer. Despues, habiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrian para conseguir lo que deseaban, vino el cura en un pensamiento muy acomodado al gusto de Don Quijote, y para lo que ellos querian, y fué que dijo al barbero que, lo que habia pensado, era que él se vestiria en hábito de doncella andante, y que él procurase ponerse lo mejor que pudiese como escudero, y que así irian adonde Don Quijote estaba, fingiendo ser ella una doncella afligida y menesterosa, y le pediría un don, el cual él no podría dejársele de otorgar como valeroso caballero andante; y que el don que le pensaba pedir era, que se viniese con ella donde ella le llevase á desfacelle un agravio que un mal caballero le tenia fecho, y que le suplicaba ansimesmo que no la mandase quitar su antifaz, ni la demandase cosa de su hacienda fasta que la hubiese fecho derecho de aquel mal caballero; y que creyese sin duda que Don Quijote vendria en todo cuanto le pidiese por este término, y que desta manera le sacarían de allí, y le llevarían á su lugar, donde procurarían ver si tenia algun remedio su extraña locura.

CAPÍTULO XXVII.

De cómo salieron con su intencion el cura y el barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia.

No le pareció mal al barbero la invencion del cura, sino tan bien, que luego la pusieron por obra. Pidiéronle á la ventera una saya y unas tocas, dejándole en prendas una sotana nueva del cura. El barbero hizo una gran barba de una cola rucia ó roja de buey, donde el ventero tenia colgado el peine. Preguntóles la ventera que para qué le pedían aquellas cosas. El cura le contó en breves razones la locura de Don Quijote, y cómo convenia aquel disfraz para sacarle de la montaña donde á la sazón estaba. Cayeron luego el ventero y la ventera en que el loco era su huésped el del bálsamo y el amo del manteado escudero, y contaron al cura todo lo que con él les habia pasado, sin callar lo que tanto callaba Sancho. En resolucion, la ventera vistió al cura de modo que no habia mas que ver; púsole una saya de paño llena de fajas de terciopelo negro de un palmo en ancho, todas acuchilladas, y unos corpiños de terciopelo verde guarnecidos con unos ribetes de raso blanco, que se debieron de hacer ellos y la saya en tiempo del rey Wamba. No consintió el cura que le tocasen, sino púsole en la cabeza un birretillo de lienzo colchado que llevaba para dormir de noche, y ciñóse por la frente una liga de tafetan negro, y con otra liga hizo un antifaz con que se cubrió muy bien las barbas y el rostro: encasquetóse su sombrero, que era tan grande que le podia servir